

Otraparte corporación



ELADIO, ¿CÓMO ENCONTRARTE?

En una de las tantas proyecciones programadas en las calles de Envigado, a Eladio se lo llevó una película. De pronto miramos hacia atrás y la cinta rodaba y rodaba continuamente...

José Fernando Saldarriaga

Por Miguel Ángel Cañas Restrepo

Y continúa rodando. Después de veinte años reemprendemos tu rollo, ELADIO CAÑAS RESTREPO.

Salgo a tu encuentro en la maravillosa historia de un visionario solitario que lidió en un lugar «equivocado» —paisa, traqueto y conservador—, que también te alimentó en múltiples fuentes, nutriendo tus inquietudes y tu proyecto de cine arte con criterio propio. Nos diste alas.

Este es un ejercicio de memoria común. Aquí hablamos muchos de tus admirados seguidores y de nuestra familia, en un ejercicio de intersubjetividades. Lo que no encontré, lo he hecho certezas. Cofradía de amigos. Gracias.

La historia de un mártir, no en el sentido cristiano, sino como testimonio de una vida de nobles esfuerzos y principios, que murió en su causa.

Eladio

Una vertiginosa vida de aprendizajes y acciones en tan solo 33 añitos. A los siete muere su hermano Pedro Pablo, a los 19 su padre y a los 24 Leo. Es proyeccionista del municipio de los 23 a los 26, realiza el cortometraje *Cara y crisis* a los 29, conoce *La Nave* a los 30, construye su proyector a los 31. Vivió intensamente y, como nadie, lo hizo todo en el cine: creación,

producción, distribución, curaduría, transporte, proyección, disfrute, mantenimiento, reparaciones técnicas, amplificación, gestión, espectadores, conversa...



Foto archivo familiar

Fue el séptimo de ocho hijos de José Arcenio y María Consuelo: Miguel Ángel, Leonardo, Pedro Pablo, Gloria Patricia, Juan José, Elkin Mauricio y Cristina. En tanto fue creciendo y los hermanos mayores saliendo de casa, se fue haciendo responsable en las tareas domésticas, pendiente de qué hacía falta en la cocina, las facturas por pagar, especialista en arreglar. Apoyó a nuestra madre después de la muerte de nuestro padre, y sobre todo después del asesinato de Leo, compartiendo momentos cruciales de su vida con ella y con Cristina, sus mujeres cercanas en las buenas y en las malas. Fue a ellas a quienes más duro golpeó su ausencia sorpresiva, que se sumó a una saga de muertes absurdas que ya llegaban a tres en nuestra familia, que quedaba convulsionada y perpleja.

Se demoró mucho para hablar. Nuestra madre recuerda que «en la casa de una muchacha que me ayudaba, arreglaban el pichoncito (de paloma), me lo traían para dárselo a comer sin sal, porque no hablaba ni chicha». Él no habla, pero entiende todo muy bien, es cuestión de tiempo doña Consuelo (la amiga).

Eladio no era el más aplicado en el colegio JOMAR, pero sacó el mejor puntaje de las pruebas del icfes en 11.º y le dieron en la ceremonia de grados, justo el día en que velábamos a nuestro padre el 7 de diciembre de 1989, un pírrico reconocimiento, un libro insignificante, que rechazó indignado y públicamente.

Después de uno o dos años, empezó Ingeniería Mecánica en la Universidad Nacional, pero no encontró allí lo que buscaba. Tampoco llenaría sus expectativas la carrera de Comunicación Social, en la Universidad de Antioquia, porque tenía un enfoque periodístico y nada de audiovisual (Nelson Restrepo).

Una mujer en su vida fue Marta Mejía Calle. Fue su novia por años, cómplice y mucho apoyo. Cuenta nuestra madre que lo acompañó por muchos años. Con Cristina, recogía las moneditas en un sombrero después de las proyecciones en El Callejón y Luna Tucumana.



Foto archivo familiar

La mecánica y las máquinas estuvieron en nuestra cuna: taladro, torno, sierra, sinfín, cizalla, temple del acero, soldadura, esmeril, taladro, troqueles, palancas, piñones, cortes, lubricación, toma de medidas, alambres, conducción del carro. Por el taller de nuestro padre pasamos todos.

Físicamente tan parecido a nuestro padre, que no olvidamos la cara de asombro que ponían las tías cuando lo veían: ¡es igualito! También se parecían mucho en sus labores manuales y creativas

de una época anterior, como la carpintería, la metalurgia y la mecánica, que inventaban una pieza que faltaba o la adaptaban y encontraban lo que necesitaban. Tan organizados por sus herramientas, tan metódicos y con esa creatividad para adaptar y crear artefactos con lo impensable. Así como como nuestro padre inventó las sillas de peluquería mirando las extranjeras, él armó y reparó su máquina de 35mm. Nuestro sensible padre, como a todos, lo apoyó. Lo suyo estaba en el cine.



Foto: Gloria Patricia Cañas

Siempre fue un ‘casasola’, era un sentimental, pero de la misma forma, un rebelde —dice nuestro hermano Mauricio. Gonzalo Santamaría lo define como una persona activa pero silenciosa, prudente, respetuosa, curiosa. Gustavo Restrepo de Otraparte, por los días de su muerte comentó que era «... un regalo de Dios. De risa fácil, siempre con barba a media caña, de gafas y bluyines. Amable, tranquilo, controlado, buen conversador... Un bacán completo».

Su memoria prodigiosa le permitía recordar nombres, fechas, países, temas, repuestos, historias.... Ya se lo imaginan con su información y sus sueños. Sus parceros de Stultifera Navis bromeando le decían «El Radio», así le decía José a Consuelo: «Mandame otro muchacho que este Radio no me sirve».

Con un cigarrillo en la mano, un tinto, una cerveza, más allá del tiempo y el espacio.

Trajinado llegaba en la noche, descargaba, guardaba la máquina ahí en la pieza y volvía a salir. Pasaba la noche afuera y llegaba por la mañana... «Perdón, mamá; perdón, mamá», caminaba hasta su habitación, que quedaba al fondo, y se acostaba. Él mismo preparaba y rebuscaba su comida.

Un fisonomista que recordada muchas imágenes de películas y reconocía en el porte de la persona si podía confiar en ella. Al llegar a la casa una noche, advierte que dejó los papeles en el taxi. Ese señor me los trae. A los tres días aparece el señor con los papeles. Ingenuo, de buenas..., ¡se salva deba unas! Otra, llega sin papeles ni platica a la casa, llaman de un local, reclamamos los papeles y la platica por la mañana, cuando Eladio se levantó, ni cuenta se dio que los había extraviado en la noche. Buenos días.

Nos cuenta Patricia:

Eladio me parecía muy inteligente, sensible, creativo, tenaz y llamaba mucho la atención la suavidad para tratar a las personas y resolver las situaciones, muy amoroso. Su forma de apreciar y sentir tenía que ver con la serie *Heidi*, una de las primeras animaciones a las que tuvimos acceso en un canal nacional, con unas acuarelas y dibujos muy bellos abordados con una sensibilidad humana muy bonita, que tiene relación con *Tumba de luciérnagas* en sus paisajes preciosos y una forma de narrar, el cuidado de un joven a su hermanita más pequeña, las situaciones para sobrevivir después de haber perdido a su madre en plena guerra y solos, también se tienen que proteger de los bombardeos. Resulta que un día me invita a ver una película, me pareció muy especial y yo me vine desde El Retiro, era ésta. Cuando llegué me dijo, qué casualidad, ese mismo día era aniversario de la explosión de la bomba atómica. Eso da cuenta de una conexión de un mundo más grande, más atemporal, de todos los lugares que se podría llamar intuición o inspiración, eso en el arte y para la vida es bien importante, conectarse con esa red de las personas, los tiempos, los lugares. Actuar, tomar las decisiones y hacer los proyectos desde esa conexión es un don y él lo tenía.

Habría que ver la película porque al contarla se pierde la esencia. Esa delicadeza y sentimiento de los dos hermanos del uno hacia el otro, en los pequeños detalles es conmovedora. Llegan a refugiarse como en una cueva donde se podía habitar, pero era como muy aparte de la congregación humana y cuando llega la noche el muchacho recoge luciérnagas en cesticos y telitas y se las da como regalo a la hermanita, soltar esas luciérnagas, últimas indicadoras de vida, en esa cueva es una cosa hermosísima, ellos se quedan dormidos y las luciérnagas de van muriendo porque el lugar está contaminado, ellos quedan contagiados y la niña, que es más vulnerable muere. Eso es de una dimensión que no es lo más común para nosotros en occidente, la manera cómo transcurre el tiempo en situaciones de empatía, solidaridad y hermandad, en detalles como un tarrito que tiene dos o tres dulcecitos que rescataron por ahí, el cuidado de esos confiticos y cuando se acaban los dulces y el tarrito queda untado de esos dulces, el cuidado para que la niña se tome esa agüita con la mezcla de esos sabores..., eso es una cosa estremecedora.

Mi relación con él fue desde el silencio, porque nos conectábamos en la forma de percibir. Para un cumpleaños de regalo me proyectó en 16 mm, en el salón de la casa grande en El Retiro, una película sobre el origen del cine, una cosa experimental y juguetona de descubrir la construcción del movimiento de la imagen. Eso nunca se me va a olvidar porque eran cosas que me interesaban, yo hacía juguetes y esculturas con movimiento, él veía esa indagación y por eso me dio ese regalo de algo que para mí era un tesoro.

Definitivamente vivía en otra dimensión que le permitía valorar el pasado, lo artesanal, lo mecánico, de otro tiempo porque esas cosas necesitan tiempo, y a la vez lograba visualizar el futuro y a nivel tecnológico sabía cómo se iba a transformar todo lo del cine, la fotografía, el video, y también se maravillaba de esas nuevas formas de hacer todo más fácil y económico. Una vez me dijo, no se ponga a pagar por esa edición, espérese que en unos pocos años eso podrá ser gratis y cualquiera lo podrá hacer.

Alguna vez ya en los últimos días, estábamos reunidos y él andaba muy callado y me preguntó: «Patri, ¿sí será verdad que en la segunda parte de la vida uno se la pasa borrando la primera parte, negando lo que uno afirmó y luchó?». Como si en la segunda parte de la vida uno hiciera lo contrario a lo que era antes. Yo le dije, eso puede ser porque si uno está viendo un asunto como desde un punto como muy polarizado, la misma dinámica lo lleva a uno a otro punto como para tener una experiencia más completa sobre ese asunto. Como si todo eso que él era con su proyecto andariego, de pronto le tocara negarlo o hacer lo que no quería, como contratar con el municipio o hacer política.

Él era un poeta. Porque una manera puede ser pensando, reflexionando desde la palabra, otros somos los visuales que tenemos otro lenguaje, hay culturas que valoran más a uno o a otro según sus raíces. Ese silencio de Eladio es un silencio de poesía, vital, esencial. Si no tengo capacidad de silencio no se me ocurre hacer eso que cuenta la mamá, de las proyecciones con quienes eran público en los barrios llenos de chinchas, no se me ocurre contar eso a los mismos protagonistas, es lo más lindo. Que sean protagonistas y público de esas imágenes es de una hermosura que da cuenta de ese silencio.

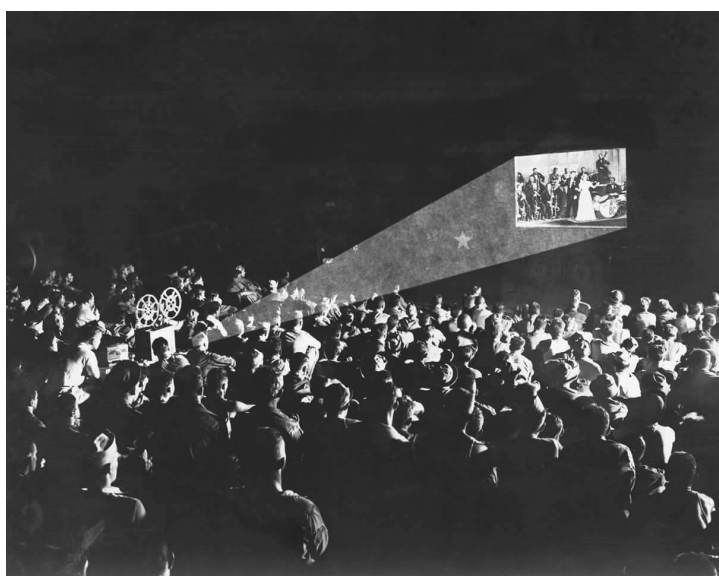
Patricia se refiere a la experiencia de un bocado poético, un evento extracotidiano, vanguardista e inédito, con el proyector, la cámara y la comunidad. Cuenta nuestra madre que «tenía que ir a esos cajones a mirar cómo era que se quitaba la luz, para después volver y ponerla. Además, mientras hacía el montaje filmaba a los del barrio, todos jugando y noveleriando alrededor, y después de la proyección se las ponía ahí en la pantalla y a los muchachos les encantaba. Cuando ya presentaba la peli, él les ponía eso y a los muchachos les daba una euforia y una risa, de no creer el verse ahí. Eso lo hacía aquí en la calle y lo hacía en Perico y por esas partes donde iba, que era cuando trabajaba con el municipio». Valoro sobremanera esta *performance* sublime de participación, en las márgenes. Valdría la pena analizar este *happening* mutlirrealista en los barrios de una ciudad en zozobra.

Pasaban los meses y la rentabilidad esperada para el Cine Andariego, la institución de la que era su único socio, no llegaba y se tenía que rebuscar haciendo arreglos toderos a los vecinos: tuberías, eléctricos... Tanto que, para ese nuevo año, ya había realizado un curso de instalaciones

de gas como una opción en medio de las dificultades. Algunas señoras vecinas con las que conversaba ratos enteros le ayudaban para los pasajes. Al morir tenía un cheque a su nombre por quinientos mil pesos, que después de muchas gestiones nuestra madre pudo reclamar para pagar las deudas que tenía. Quedó a paz y salvo con todos.

En esos de abundancia de escasez permanente, imagínense esa esperanza de Eladio en Otraparte, cuando decía que era su ¡alcancía! Sus ahorritos, su futuro.

El proyector



Nos preguntamos ¿qué contextos jugaron en esa fascinación identificada en Eladio, llevado por sí mismo? Varios y diversos, esos contextos serán narrados a través de los proyectores, algunos contruidos artesanalmente por técnicos curiosos, provenientes de Cine Colombia. Proyectores que vienen a ser los padres, abuelos y bisabuelos de su máquina de 35.

Nos dice María Elena Giraldo, de Cine Ojo y docente de UPB:

«A mí me parece muy interesante esa tesis que propones del proyector como un aglutinador de las actividades del cineclub, sí, este dispositivo tiene algo que atraía muchísimo a los jóvenes porque, a diferencia de los cineclubes de Medellín, que eran en un teatro en 35 (donde el proyector está encerrado en una cabina),

nosotros lo hacíamos en 16 y pasó que la gente pudo ver de dónde salía eso. Eso es una cosa muy bonita que siempre atrapa».

La proyección en su sentido de luz emitida en la oscuridad, sobre un soporte, abriéndonos a las imágenes de mundos hasta los créditos y el oscuro del «the end». Luz, oscuridad, penumbra, luz de sala. El proyector como el dispositivo mediático que articula al ser con el cine, haciendo realidad sensible dimensiones múltiples en una red de emociones, ficciones y sueños de otros que se hacen nuestros.

Buscando los referentes de Eladio en su curiosidad por los proyectores, encontramos la experiencia de los técnicos de Cine Colombia ya legendarios como Rodinger Vélez, que aprendieron de generación en generación, desde cuando la producción de la iluminación se hacía con carbón; hasta instituciones, cineastas independientes y cinéfilos de los setenta a los noventa en la ciudad, que encontraron una fascinación especial por esta máquina de cuadros en movimiento, que en los cineclubes de 16 mm es portadora de una experiencia única.

Eso que pasa con el proyector, activador de la curiosidad y la imaginación, emotivo y lúdico, es valorado por la Corporación Cine Ojo en la Primera Bienal de Cine Ciudad de Envigado en 1985, cuando expuso en la Biblioteca JFR aún sin terminar, los equipos de Guillermo Francisco Isaza Isaza, creativo del cine en Antioquia que por primera vez fue valorado como patrimonio del país.

Según Óscar Iván Montoyaa «a Guillermo Isaza se le reconoce por haber sido el inventor de un proyector de 35 milímetros con sonido magnético para reproducir y grabar en cuatro canales, la impresora de contacto para 70 milímetros, la cámara para rodaje de películas en tercera dimensión, además de ser sonidista de Enoch Roldán y de tener cerca de 20 mil piezas que armó a punta de lima». En el 2003 en el Festival de Cartagena fue reconocido por el Ministerio de Cultura de Colombia con el Premio Nacional de Cine en la categoría «Toda una vida», cerrando con broche de oro una trayectoria de vida como inventor». Que llegó a su fin el mismo año de la muerte de Eladio.

Rito Alberto Torres, subdirector técnico de la Fundación Patrimonio Fílmico Colombiano, en su texto *MIRADAS AL PATRIMONIO AUDIOVISUAL EN LA PRIMAVERA DEL CINE COLOMBIANO EN MEDELLÍN*. (2021) nos presenta así la situación:

El grupo pionero en la exaltación de las películas y personalidades del patrimonio audiovisual, para esa época fílmico, años ochenta; tanto regional como nacional, fue la Corporación Cine—Ojo, quienes celebraron en dos ocasiones la Bienal de Cine Ciudad de Envigado —el gran encuentro del cine nacional—. Encabezado por Luís Guillermo Correal, José Fernando Saldarriaga y María Helena Giraldo, entre los más destacados, este colectivo logró realizar el evento en 1985 y 1987 y dejó sembrada la simiente de la puesta en valor del patrimonio audiovisual.

Entre las actividades que ocurrieron en aquellos años, se realizaron proyecciones en cine de 8, 16 y 35 milímetros de películas. A los pioneros, que se hicieron presentes, porque estaban vivos, aunque ya mayores: Camilo Correa, Ivo Romani, Guillermo Isaza y Enock Roldán, se les hizo un reconocimiento público, con presentaciones de algunas de sus películas y sus testimonios, que pudieron brindar al público de forma directa.



Afiche de la Primera Bienal. Obsérvense las niñas alegres y atentas alrededor de un proyector de super 8mm. Foto L. G. Correal 1985.

Proyector 16 mm Cine Ojo

Aunque en Envigado nos acercamos al cine en los teatros Anaconas, Ayurá, El Dorado y Colombia, el cine como asunto local, compartido más «culturalmente», se hace visible con Cine Ojo en los años ochenta, con su proyector Bell & Howell de 16mm, comprado por Mauricio Correa a la corporación Ukamau, una deuda que al final no se pagó porque parece que los tumbaron con unas películas. Es enternecedor el ritual iniciático en estos secretos del cineclub, que nos relata José Fernando Saldarriaga en el boletín No. 19 de Otraparte, en su texto *El hombre que se lo llevó una película*, la película fue *El miedo devora las almas* de Fassbbinder: «Ese día, tal vez era un miércoles, Eladio se sentía como aquel niño que va por primera vez a la escuela, entre asombrado e inquieto, como el día de la película francesa, cuando lo conocí. Desde ese día, jamás se separó del proyector». Nando le abrió las puertas de Cine Ojo. Su puntualidad, su búsqueda de conocimiento en relación con las películas, pero también con la proyección y el proyector, los espectadores, los focos y los lentes, las luces y las sobras, los susurros y las tormentas sobre la tela iluminada. Oscuridad, intimidación, un oficio de demiurgo, de mago. Imagínese, en una sesión con Fernando el Manguero y el ajedrecista.

Porque no había dónde proyectar, el proyector de Cine Ojo estuvo guardado unos años hasta la creación de El Ágora en 1989. Se lo entregamos a guardar a alguien conocido por todos, junto con el archivo audiovisual de toda una vida, y nunca quiso devolverlo. Por ahí debe estar.

Quien enseñó a ver a todos fue Pacholo con El Subterráneo, que después del 86 se liquidó y nos dijo adiós en una casona en el centro de Envigado, donde fracasó dizque porque había sido una sala de velación. No sabemos si Eladio fue al Subterráneo, pero sí que después en La Nave compartieron proyecciones e ideas, incluso llegó a proyectar películas presentadas por Pacholo ciego, que las veía en el sonido y las comentaba de memoria.

Proyector 16 mm del Museo de Arte Moderno de Medellín

Lo traemos a cuento porque sus trajines por el año 91 cuando Medellín fue considerada la ciudad más violenta del mundo, tuvieron una ejemplar experiencia con los jóvenes en los barrios populares de Medellín «a donde no se podía llegar con un proyector y una película», llevando el cine móvil a espacios no convencionales, al hombro y a la vista de todos, con proyecciones y

foro incluidos. El cine en los barrios como un encuentro festivo, lleno de asombros, no convencional, a la manera de lo que vino a ser luego el Cine Andariego.

María Elena Giraldo nos cuenta:

«El acto de proyectar la película se convirtió en un acontecimiento social que a muchos pelados los llevó a un mundo desconocido, es muy distinto a un espectador ante una pantalla sin saber de dónde sale eso, con el proyector vivimos la experiencia de la pantalla con la máquina ahí. Cuando yo empecé en el MAMM presentamos el proyecto a la gobernación *el cine al encuentro con la comunidad*. Empecé a hacer el ejercicio en el año 91, aquí no venía ni un brujo, ir a los barrios era una vaina peligrosísima. En la junta del MAMM esa era la gran preocupación: ¿cómo vamos a ir a los barrios, Popular Uno, Santo Domingo, ¿San Javier La Loma? Son coincidencias muy bonitas, el museo participó en un programa con otras entidades culturales que se llamaba el *museo un aula más en la vida de los estudiantes*. Eso está muy bonito, pero no se puede hacer. Finalmente me dieron el visto bueno. Lo que yo hice fue aprovechar unos muchachos de la Iguaná que se habían integrado al Museo enfocados a organizaciones juveniles; me conectaron con *La Ponce* en el Popular, un negocio de salsa donde llegan todos los pelados de todos los combos, era un lugar de paz, neutral. La salsa en la comuna nororiental y el metal en la comuna occidental. Yo he tenido un gusto por la música.

Buscando películas me encontré con los viejitos de Procinal, que eran distribuidores y no tenían lo que tienen ahora, que tenían una cantidad de películas en 16 mm, documentales de Benny Moré, conjuntos cubanos... Un nicho de películas para estos jóvenes. ¡Hagamos un ciclo en *La Ponce*!

¿Cómo van a ir allá? Voy acompañada con los muchachos. Me fui en el carro con el proyeccionista del Museo y un muchacho, cuando llegamos allá a Manrique antes de entrar al barrio, donde otro muchacho nos esperaba, nos pararon. Entra usted y entra el proyector. Ni modo de devolvemos. Voy. No me acuerdo como se devolvió el proyeccionista. Llegamos al lugar de la presentación con la

experiencia y con todos los elementos. **La sensación mayor en esos pelados siempre fue el proyector, la película era secundaria.** Siempre fue el proyector, usted armaba y eso era un montón de gente impresionante fascinada con esa máquina. Si yo no hubiera tenido la relación con el proyector que tenía en Cine Ojo, donde todos nos desenvolvíamos con eso —proyectábamos, hacíamos la presentación y la discusión, Memo, José Fernando, Chalo—, ese programa se daña, no se puede hacer. Es ahí cuando valoro un capital muy interesante ofrecido por nosotros, los cineclubes de 16mm. Llegamos al sitio de salsa y se proyecta la película. Lo que más impactó a los muchachitos y los pelados, esto no sucedía en Cine Ojo porque el ritual del cineclub es distinto, con ciertas películas y un público en un ritual diferente, con otra postura, con cierto asunto como intelectual, una diferencia abismal pues yo sabía que el proyector generaba una atracción, en esta vivencia en estos barrios el protagonista era el proyector».

Otras organizaciones de la ciudad emprendían también acciones enfocadas a los jóvenes como la Corporación Región que realiza a finales de los 90 la *Temporada Juvenil de Cine*, que llevó una inmensa y variada cartelera de cine a los barrios populares como otra manera de narrar y reconocerse en el mundo, donde Eladio jugó un papel clave porque conocía todos los proveedores de películas, sabía cuándo iba a llegar la que a él le interesaba y cuándo podía pasar para presentarla y moverla.

Allí se encontraron varios jóvenes que decidieron conformar un grupo, llamado *Primera Mirada*, — la más limpia y descontaminada—, propuesta de Diego León Ruiz, uno de los integrantes, para participar de la *Fábrica de Proyectos Juveniles*, también de la Corporación Región y que coordinaba nuestro otro hermano, Juan José, donde recibían capacitación, asesoría y apoyo en especie para que gestionaran los proyectos más variados, ¡hasta cine! El apoyo que recibieron fue el *Taller de cine para aterrizar sueños*, dirigido por el maestro Dunav Kuzmanich que trabajaba desde la idea, los cuadros de preproducción, el rodaje, hasta la edición y con pocos recursos, se organizaron tres grupos que realizaron sus proyectos con vestuario, locaciones, fotografía, luces, sonido...

De allí salieron los cortometrajes *El opio del pueblo*, *La última cena* y *Cara y Crisis* (1999), éste último un corto de 24 minutos de Nelson Restrepo, Paula Benítez y Eladio, en formato betacam SP60. Los tres hicieron el guion, Nelson la dirección, Paula la producción ejecutiva y Eladio la producción de campo. Se rodó en el municipio La Estrella, una cuadra arriba del parque y se editó en sistema análogo en los estudios de televisión de la UdeA. *Cara y crisis*, como una moneda de quinientos que pasa de una a otra mano, se proyectó en varios lugares como La Nave. Fue nominada a mejor corto colombiano y con ella participaron en el Festival de Cine de Cartagena y otro en Bogotá.

Posteriormente, con Nelson y Dione Valencia, Eladio realiza *A cuatro manos*, un corto en formato 3/4 y editado en software adobe, que rodaron en La casa de la Tías, al lado del Teatro Municipal de Envigado.

Amigos todos ellos. Nelson venía de Sonsón y mientras estudiaba sociología en la UdeA se conocieron en Región. Aunque vivía en el centro, se la pasaba de domingo a sábado en Envigado, amanecía en el cuarto de Eladio fumando, leyendo, viendo películas, analizando imágenes y compartiendo ideas de lo que querían. Podían verse varias veces una película que les gustara. Se reunían en la casa, muy queridos, especialmente Diego que tenía pelo largo.

Tiempo durante el cual tomó la decisión definitiva: quería vivir del cine.

Proyector Portátil de 35 mm del MAMM

Cuando en el MAMM se dieron cuenta que se agotaban las películas de 16 mm, y que no se encontraban cintas para los jóvenes, tal vez Viruta y Capulina, apareció la necesidad de conseguir un proyector portátil de 35mm. María Elena Giraldo se conectó con un vendedor de la USA pero el MAMM no tenía recursos, entonces buscó a don Guillermo Isaza que había conocido en la primera bienal, y le dijo «estoy haciendo esto pero necesito proyectar en 35 mm, usted qué me dice?». «Yo creo que se puede, pero hay que construirlo, vamos a construirlo» y la contactó con dos viejitos de Cine Colombia, y esos dos viejitos por el año 92 armaron un proyector hechizo «con platinas soldadas, era hasta muy bonito, pesaba un jurgo, era un proyector de una sala de cine que adaptaron para móvil con una estructura que tenía que desarmarse. Recuerdo que la primera presentación con ese proyector se hizo en San Javier La Loma, fue *Roger Rabbit*

(1988 Robert Zemeckis USA — 1h 43min), que recorrió casi todos los barrios. Esa película la pedían y la pedían, pelados que ya la habían visto iban a otro barrio para volverla a ver, fue todo un suceso».

Al alcalde Jorge Mesa Ramírez le cuenta en segundos su experiencia en Medellín con los barrios y él dijo «presentemos eso en Uribe Ángel». Y trae el proyector del MAMM para esa función con Cine Ojo, a la larga decisiva en este camino del cine en los barrios en Envigado. Se apagaron las luces del sector y sobre una lona de tela costeña Cine Ojo hizo la proyección de *Annie*, una película del 82 dirigida por John Huston y con coreografía por Arlene Phillips.

Fue un éxito rotundo, mucha gente, mucha novedad, mucha emoción. Cuando fuimos a contarle del éxito en el barrio, nos dijo: «yo ya me di cuenta, entonces compren también el proyector portátil». Íbamos a tener dos proyectores, uno para la sala y otro itinerante.» Recuerda emotiva María Elena.

Siguió dando palo unos meses más, hasta que se tostó.

Portátil del Municipio de Envigado (1992-96)

La alcaldía de Envigado se contacta con María Elena para asesorar la compra de los equipos y las adecuaciones del Teatro Municipal para el cine. Nos cuenta María Elena:

Buscando un proyector, yo ya había empezado a hacer contactos en Miami con un señor gringo, súper querido. El museo no tenía fondos, él me decía déjame yo voy, miro y les explico. Siempre tuvo muchas de venir. Cuando aparece lo de Envigado nos volvimos a contactar y le dije hay una posibilidad para traer dos equipos de 35 mm, dígame porque no es lo mismo el equipo de sala que el portátil, también tengo el equipo portátil, me dice. Vino a Envigado, visitamos el teatro, recuerdo que dijo que una de las cosas más interesantes, es que era muy raro ver una sala construida que tuviera tan buen tiro de proyección, porque generalmente en teatros multipropósito esto no se cumple. Habló con Jorge Mesa y cerró el negocio con el municipio.

Resulta que el portátil era ensamblado en China y por un desastre natural en la bodega donde lo construían, se demoró mucho para llegar. El alcalde preguntaba inquieto por él, el gringo también desesperado porque ese portátil no llegaba. Mientras los proyectores llegaban, me pregunto: ¿y quién va a manejar esto? Volví a mis contactos de cine Colombia y a Guillermo Isaza, que me recomendó a Rodinger Vélez proyccionista y técnico de Cine Colombia, que sacaba ratos para venir a Envigado porque no había full programación. Todo el montaje lo hicieron ellos, los gringos, y cuando llegaron, Rodinger ya estaba contratado, que a esa altura ya tenía la lógica de todo eso. Ahí pensamos que a Rodinger había que ponerle un pelado para que aprenda y llevó a Mauricio su hijo y seleccionó a Eladio, que siempre le gustaba más afuera que adentro, siempre me dio esa impresión. El Teatro Municipal se estrenó en el 93 con *La estrategia del caracol* (Sergio Cabrera Colombia 1993 - 116 min).

Cuando Eladio llega a ese proyector del municipio, ya tiene una experiencia, ha pasado por Cine Ojo, Región y Duni, y con Rodinger accede a una memoria y unas prácticas, unas curiosidades y saberes transmitidos oralmente en los teatros y proyectores que este señor recorrió y reparó. Rodinger pequeño recogía las vistas entre los desechos del teatro, las recortaba, les ponía una luz, una lente y en una cajita las proyectaba y también en la pared, y los vecinitos pagaban para ver los personajes de las películas. También trabajó no se sabe cuántos años en el teatro parroquial Anaconas de Envigado.

Eladio estuvo proyectando en las calles del municipio, con contratos de unos meses y aportando el resto del tiempo por su propia iniciativa. Además de las funciones oficiales, Rodinger le prestaba el proyector para funciones que programaba por su propia cuenta. «Muy naturalmente se dio que Eladio se encarretó con el portátil, muy proactivo, él se sentía como dueño de eso», recuerda María Elena que también salió del municipio en el 96.

Con excelente gusto y contacto con las distribuidoras, un gran logro con el proyector del municipio, fue la invitación que le hicieron a dos Festivales de Santa Fe de Antioquia donde presentó en una cárcel.

Recuerda Luis Guillermo Correal que por el año 96 programaron con el proyector del municipio, un ciclo con la Escuela Nacional Sindical en El Ágora. Cuando Cine Ojo lo llamó para este proyecto, Eladio lo desechó, como que ya tenía la idea de construir su propio proyecto.

Con este ciclo pudieron ser las últimas funciones de este proyector que, mantenido y cuidado por Eladio desde su compra, quedó abandonado por muchos años en una bodega del municipio, desmantelado. Recientemente supimos que con suerte fue entregado a la Corporación Otraparte, que siempre ha querido hacer algo con este y otros equipos que están bajo su custodia.

La máquina de Cine Andariego

La hizo aquí en la casa, y nuestra madre lo recuerda así:

Rodinger le enseñó los repuestos pues, le decía que las máquinas antes eran de esta y esta forma, la que desecha Cine Colombia por los cambios de la tecnología y la llevan para una chatarrería. Rodinger le dice y él se va y la compra. Las compraba con el interés de hacer una máquina para hacer cine callejero.

Fueron muchos los ratos en el teléfono, que tenía una extensión como de diez metros para poderlo tener a mano, ajustando los detalles de una bombilla, que si redonda o cuadrada, que si más grandecita, pulgadas, milímetros, la suya es de tal calibre. Bombillas escasas, buscando por teléfono hasta que la encontraba. Está en tal almacén del centro, vale tanto, y salía por ella. Sí, esa era.

Hizo su máquina con Roger. Yo no sé si todo lo compró, los resultados de las chatarrerías, porque él tenía la idea de las chatarrerías. Era mucho que arreglar, y todo eso se hacía con hierros que compraba, entonces eso ayudó a que él hiciera un monumento, una cosa extravagante. Y con mucha risa y susto cuando la pusieron a funcionar. Grande y pesada, y tenía que pagar mucho por el transporte. Porque decir que cine callejero, pero eso de callejero no tenía nada, porque eso era muy pesado, mucho **armatoste**, esa es la palabra.

Recibió el apoyo de Iván Granados que arreglaba computadores, también curioso con la literatura. Iban a Bogotá juntos, aprendió a dormir y a comer por allá. En

esas cosas, la construcción de la máquina y las películas que en la embajada se las prestaban sólo a él, y él se las tenía que devolver, a la embajada de Japón. Esas películas las ponía él nada más.

Había muchachos o personas que en eso le ayudaron a Eladio, a transportar, a llevar, su logística, pues él siempre era solo con todo eso, el señor del carro que le ayudaba, el apoyo de La Nave de los locos. Eso será el apoyo de él, el apoyo de La Nave.

La Stultífera Navis, su segundo hogar en Envigado. Charla con Lina Restrepo y Hugo Mejía:

Los fundadores de La Nave fueron Sergio Restrepo y Hugo Mejía que venían de Paz de Mentés y se conocían desde que trabajaban en El Éxito. En el sótano estrecho de la casa de Sergio tenían un cineclub de amigos donde veían películas en un televisor gordo, tomaban canelazo y conversaban. Se encuentran con Lina Restrepo que llega a Imaginate con un amigo que los conoce, el amigo se va y ella sigue yendo y yendo, se fue quedando y ayudando, también con Gabriel y otros. Como al año, cuando la familia de Sergio se cambió de casa porque se fueron a vivir a un apartamento, tomaron la casa y entre los dos pagaban el arriendo. Abrieron La Stultífera Navis con las manos y con la idea de hacer lecturas, películas, exposiciones, conciertos.

Cuentan Hugo y Lina:

Eso fue creciendo, creciendo y llamando como una bola de nieve, y en esa bola se ensartó Eladio. Cuando empezamos a proyectar películas lo hacíamos con un video beam prestado y luego, buscando cómo comprar uno, en Luna Tucumana nos hablaron de Eladio, que nos llevó a alguien que tenía uno y se lo compramos, con ese proyectorcito que nos valió como quinientos mil pesos presentábamos las películas. Un día llegó y nos dijo, vea muchachos yo tengo estos proyectores, hago estas proyecciones, hagamos las películas acá. Él tenía dos proyectores de 16mm, primero nos presta uno al que le falta una bombilla y la compramos en la nave, yo (Lina) era la Administradora. Pedíamos las películas de la embajada alemana como de Win Wenders, me (Hugo) acuerdo de una muy mala, mala, como diez minutos unos manes sentados ahí sin hacer nada. Con el otro

proyector tenía programación en otros lugares, donación voluntaria. Empezó a programar y un año después trajo su proyector de 35 mm, y el segmento de cine de La Nave lo empezó a tomar. Con la Viga en el ojo, Miguel Rivas trae a Kusmanich, y con él hicimos un montón de cortometrajes.

Para esos tiempos Sergio y yo (Hugo) estudiábamos sociología, Eladio ingeniería mecánica, pero como estábamos en una época rebeldes, ¡a la mierda la universidad! Y no terminamos. «Ya estamos metidos en esto y vamos es para acá».

La primera máquina que vi (Lina) de esas, la vi con él. Eso de Eladio era muy charro, él llegaba con esas cosas allá y me ponía a cargar los aparatos, ¡agarre, agarre! ¡Y corra! Se quemaba la bombilla y decía ¡ya vuelvo! y al ratico llegaba con la otra. No sé de dónde sacaba bombillas. Pues de la casa que allá tenía una mano de güevonadas (Hugo). Esos momentos con él eran como un Chaplin en cámara rápida, hasta que empezaba la película y todo volvía a la calma.

Con él aprendí (Lina) a empalmar las cintas cuando se reventaban. Pasaba el día con esas máquinas ahí desbaratadas, repuestos y herramientas. Recuerdo esa película en el Amazonas: *Aguirre la ira de Dios*. (1972 Werner Herzog Alemania del Oeste., 94 min,)

Algo que me impresionaba cuando lo conocí, recuerda Hugo, era esa claridad, cuando ese man llegó allá solamente hablaba de cine, solamente pensaba en cine, hacía proyecciones de cine y no pensaba en nada más ni quería saber nada más. Uno lo veía tan claro, estaba loco pero estaba enfocado. Esa pasión por el cine nunca la vi en nadie más. Se echaba esos proyectores al hombro, no le importaba si tenía plata o no tenía plata, lo único que le preocupaba era tener buenos los proyectores, arreglarlos, conseguirse el otro lente, no le preocupaba nada más.

Primero le enseña a manejar el proyector a Sergio y a Hugo, que van conformando el primer combo de Cine Andariego con Laura Cardona y Gabriel Lopera.

Hugo también recuerda *Tumba de luciérnagas* (Isao Takahata Japón, 1988 – 93 minutos): «Esa película me dejó doliendo el alma para toda la vida, la presentamos en la glorieta al lado del Hospital». Tal vez la película más emblemática presentada por Eladio. Otra es *El Tambor de Hojalata*, 1979 - 142 min. Dirección Volker Schlöndorff.



Enredo de cinta en el piso en sala de proyección de La Nave. Sergio y Eladio al fondo, a la derecha Hugo algo preocupado.

El 10 de abril de 2002 se realizó la asamblea de la Corporación Otraparte con cincuenta y siete integrantes, muchos de ellos provenientes de la Nave, donde Gustavo Restrepo fue nombrado como director. Desconocemos las razones de Eladio para no participar, con él venían programando cine, el café, que fuera un centro cultural. Pasaban y veían esa casa cerrada y pensaban ¡cómo hacemos para que el municipio nos la entregue! Nunca fue corporado de Otraparte, él buscaba su propio *corpus*.

Eladio y Sergio Restrepo fueron grandes amigos. Compartieron, trabajaron y se respetaron, cada uno con su furrusca, se complementaron en la ideación, gestión, curaduría, proyección. En Otraparte hicieron su último ciclo, desde *Amorosos* (Catherine Corsini, Francia, 1994 – 88

minutos), el 23 de octubre de 2002, hasta *Justicia Dirigida* (Hans W. Geissendörfer Alemania, 1993 – 106 minutos), en diciembre de 2003.

Recuerda Gustavo Restrepo:

Después de los Miércoles de Cine, que siempre han sido para el cine en Otraparte, le ayudaba a desarmar, bajar la pantalla, organizar cables, herramientas y repuestos para una emergencia, y lo subía a la Nave, allá charlábamos y nos tomábamos una cerveza. Así me fui involucrando mucho con Eladio y con la Nave, a la que me llevó Sergio en 2002.

A Jairo Eduardo Montoya Moncada y su sobrenombre «Limonada» porque (creo) que eso era algo que siempre pedía, pues no tomaba licor. Fue uno de los miembros fundadores de la Corporación Otraparte. Es decir, fue uno de los de Stultifera Navis que llevó Sergio para hacer barra en la asamblea de constitución. Y ahí empecé a conocerlo. A veces llegaba a Otraparte en su motico y me pedía prestado un libro de Pessoa para leer en el segundo piso. También era asiduo al Cine Andariego e incluso servía de transporte cuando Eladio tenía que salir de afán hacia la Nave a recoger algún repuesto. Un día en la Nave, Jairo señaló a Eladio y me dijo que lo quería mucho. Y otra noche, después del Cine en Otraparte, llevé a Eladio a la Nave, pero no me bajé del carro. Vimos un corrillo donde estaba Jairo, así que paré un poco más adelante, pues tenía afán, y si me ponía a conversar me enredaba. Más tarde mataron a Jairo en otro lugar de Envigado, parecido a la Nave, pero no recuerdo el nombre en este momento. Eso fue el 7 de octubre de 2003 y Eladio murió también tres meses después.

De lo analógico a lo digital

María Elena apunta:

«Una de las cosas que me parece más bonitas de nuestra generación y Eladio es un ejemplo de esto, nosotros somos una generación de la transición de lo analógico a lo digital. Y eso no es menor, tiene una incidencia en la comprensión técnica y estética de todas las formas expresivas. Es el caso de Eladio, que era un

artesano del audiovisual de lo analógico y lo digital, que podía poner a conversar esos dos mundos, en una época en la que lo digital le estaba dando muy duro a lo analógico. Para los años 90 ya se podían hacer digitalmente esas mezclas imagen—sonido, había softwares para eso, donde los que se grababa se podía editar y mezclar. Hoy estamos viviendo un retorno de lo analógico.»

De alguna manera, los mismos procesos técnicos de actualización de lo analógico a lo digital asumidos por Eladio, los encontramos en el Laboratorio de Fuentes Históricas Facultad de CC HH de la UN Medellín, que ha debido actualizar el formato de la película *Cara y Crisis* (1999 betacam SP60 edición analógica) que encontramos allí. Muchos recuerdan haberla visto, tengo la imagen de una tienda, lenta, densa, pero perdida la esperanza de encontrar la cinta. Fulvia Márquez, quien trabajó en el Programa de Juventud de la Corporación Región para la época, nos ayudó a localizarla.

Bajaba de La Nave cuando cerraban después de las dos de la mañana, y se le aparecía por la esquina de la Cabaña del Recuerdo, a Carlos Mario Restrepo, su propietario: «Amanecíamos ahí sentados, fumando cigarrillo y charlando de todo». Compartieron el gusto por la música y las máquinas analógicas – traganíqueles, tornamesas, 78, 45 y 33 rpm, agujas y motores. Eladio, al tanto de los nuevos dispositivos, formatos y soportes y Carlos Mario que siempre fue reacio a eso, y se mantiene con sus acetatos, tornamesas y amigos.

Gonzalo Santamaría, fotógrafo y docente lasallista de toda una vida, buen vecino y sabedor para compartir; silencioso y moderado como Eladio. En su cuento eterno de la fotografía de lo que ha permanecido – casas, calles, personajes, fiestas, patrimonios, paisajes —, mucho mayor, recibe a Eladio que está fascinado con la demolición. Le propone a Gonzalo que le ayude en el trabajo sobre «la demolición» de Envigado, conversaciones en la casa de Chalo, también salían caminando para hacer el registro. «Con una cámara de vhs que incluso llegué a prestarle, luego con otra que se consiguió. Me pareció muy curioso este muchacho con esa inquietud, registrar la destrucción antes de que acabe, y tan respetuoso, tan cauto conmigo». Parece que eran tiempos de ventura, porque nuestra madre y Cristina lo acompañaron al Hueco a comprar esa cámara de video, que valió más de cien mil pesos, un platal.

Se rebuscaba haciendo filmaciones, reparaciones y poniéndole música a películas que le entregaban en formatos 8, 16 mm, vhs y betamax, deterioradas, humedecidas, con hongos lo más común y las entregaba en un CD. Formatos que fueron los últimos sistemas analógicos de grabación y reproducción de video populares, utilizados desde finales de los 70 hasta su progresiva sustitución por el DVD, hacia principios de los años 2000.

Está caminando desde las cintas de 8, 16 y 35 mm, que para cambiarlas de formato había que proyectarlas y filmarlas en video. Se grababa aparte el audio y después se mezclaba. Para 1984 unos atrevidos ya editaban un corto documental en beta: *Por una cinemateca para Envigado*.

¿Que cómo lo encontramos?

Solo, como tantas veces, en medio de la penumbra, único testigo de un milagro capaz de romper las fronteras del tiempo.

Lucía Estrada

Última secuencia.

Exterior: Cancha Curtimbres. Noche amanecer.

Iluminación: Penumbra en aceras y calles, campo abierto, sombras recortadas sobre la arena, humo y polvo. Claroscuro expresionista que deviene fatal.

Personajes: Eladio, Jinetes del Apocalipsis, vecino, funcionario de Inspección, Juan José.

No fue asesinado por motivos políticos o ideológicos, ni por alguna deuda o altercado, mucho menos por una herencia. Sobrellevando las resacas de fin de año, por fuera de la casa desde el treinta y uno, muy seguramente al encuentro con unas amigas de Sabaneta, como animal nocturno salió a caminar, tal vez un poco extraviado esperando el amanecer, va llegando a ese escenario del fútbol, la cancha de Curtimbres en calle larga, la única que hubo en Sabaneta, malita, en momentos sudorosa y polvorienta, multitudinaria, con los mejores partidos que se hayan jugado en ese sur, muchos antiguos de Envigado jugaron allá. Lámparas son su dejo amarillo sobre la arena, hace mucho que no llueve. ¿Quién se atreve a pasar por allí a esas horas?

Eladio, símbolo de una utopía de humanidad, claramente diferenciado del resto de mortales hasta el martirio. En aquella noche del tres al cuatro de enero sigues deambulando, noche eterna que es la vida en tu presencia. Por siempre.

Los jinetes del apocalipsis cabalgan como «machos cabríos» por estos parajes. Unos manes, mismos dueños de la noche y de la cancha, lo encuentran, le charlan, le piden, se lo van gozando con sevicia, en el juego macabro que obtiene como trofeo el despojo de este hermoso y valiente muchacho. Y lo abandonan apuñalado, torturado, arrastrado y degollado en el centro del campo, exactamente en el punto de saque. Libertado para un nuevo rodaje al empezar el día.

Cuando todos se han marchado, estás ahí tirado. Nadie vio, nadie supo nada. La cancha se estrecha. No ha quedado ni el polvo.

El 4 de enero de 2004 a las 8:40 de la mañana fue reportado por un vecino el caso de un cuerpo sin vida en la cancha Curtimbres, sector de Calle Larga en Sabaneta. Ya desde el primero y el dos de manera más insistente, nuestra madre me preguntaba, conocedor un poco de sus vueltas y amigos, qué sabía. No hay noticias entre hermanos y conocidos, toca buscarlo en hospitales e inspecciones de policía. Juan José se ofrece, llama aquí y allá, y con unos rasgos generales que le dan en la inspección de Sabaneta, se dirige hacia allá y llega. El empleado le presenta un manojito de llaves, Juancho saca las suyas y las compara. Esta es la llave de la casa, es él, susurra frío.

No lo hemos podido encontrar, más bien lo seguimos buscando, cofradía de iniciados ante su martirio que ahora se hace sublime.

Con apenas 33 añitos, joven hermano mío, ya no hay ni resaca.

Lento final *blackout*.

Oscuro.

Luz blanca intensa. Buenos días.

HOMENAJE CASA MUSEO OTRAPARTE

SEPTIEMBRE 26 DE 2024